

Gonzalo Celorio. Esto es lo que hay

POR MAURICIO CARRERA

Escritor, periodista, guionista y profesor.

Literatura exacta, cuidada, y sin embargo viva, es la de Gonzalo Celorio. Hay palabra y carne, el latido de la narrativa y de la sangre. En sus textos hay la competencia muy pareja del alma y del cuerpo, del querer saber y de concluir que se ignora todo. El académico impecable que dicta conferencias sobre Ramón López Velarde y el catedrático sediento por desánimo vital del próximo trago (“Nadie sabe lo que es realmente una cerveza hasta que la necesita”). *Y retiemble en sus centros la tierra*. Un escritor que se siente a gusto entre libros, condena y alivio al mismo tiempo, y curioso ante lo que la vida otorga de asombro, goce, maravilla, dolor y miseria.

La clase media con su triste y festiva educación sentimental ha sido uno de sus temas. La ciudad de México como espacio para la literatura, ciudades de papel que van siendo urbanizadas con palabras. La Ciudad de los Palacios. La región más transparente. Detritus Federal. Cronistas y escritores como arquitectos de un destino común. Si en el principio estuvo Carlos Fuentes, Gonzalo Celorio retoma su andar literario y callejero para ofrecer, en *Amor propio*, un retrato de nuestra propia y desencantada mediocridad. Escrita a la manera de una novela de iniciación, su protagonista pasa por distintos ritos escolares, sentimentales y de entrada a la edad madura, aunque desde una ilusión cada vez menos aterrizada en verdaderos logros.

Si en el principio estuvo Octavio Paz, en esta novela nuestras máscaras, la soledad y la marginación encuentran acomodo en ese trío luchón aunque fracasado, que es uno mismo: Moncho-Ramón-Aguilar. La fiesta son los otros, mío es el bochito. Sólo nos queda la autocomplacencia, la masturbación, el amor propio. Escrita con humor, con gusto por el juego de lo coloquial y una grata precisión al detalle, es una novela que recupera una época, un entorno, una derrota.

Su novela de trago en trago, de cantina en cantina, recoge también esa sensación, la del desasosiego ante la vida que no da para más, donde la tristeza ha quedado “embadurnada” en su protagonista, el profesor Juan Manuel Barrientos. Experto en cubas tetradjetivadas y en la cantidad de tequilas que hay que tomar para no tambalearse, lleva en él el sino del paisaje interior desolado, un martirio del alma lúcida ante lo absurdo de la existencia. Su sed de alcohol (que es un síntoma del silencio de dios, diría Marguerite Duras) es necesidad, festejo y malestar.

De nuevo, la desolación en un ambiente, el de las cantinas, que debería ser alegre, festivo. La cruda del exceso en lo bebido, la cruda del malestar por lo vivido. Si el tequila, como se lee en esta novela, no se bebe, se fuma; *Y retiemble en sus centros la tierra* no se lee, se disfruta agridulce entre sus recuentos gastronómicos, arquitectónicos y etílicos, al tiempo que su protagonista se deja llevar por el único fin posible, como si de pronto la vida se convirtiera en una cantina cerrada los domingos.

Me tocó en suerte participar en la deliberación del Premio Cervantes 2025, otorgado a este escritor de temas doctos y académicos, así como también comunes y cotidianos. Postulado por la Unión de Universidades de América Latina y el Caribe, me alegré en primer término, de que

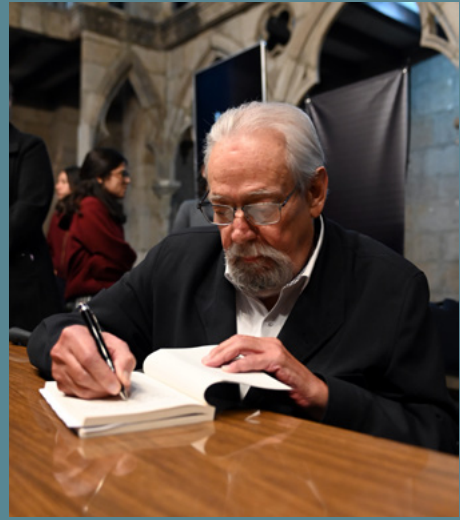


el llamado Nobel de la Lengua Española correspondiera a México, y que el escritor galardonado hubiera sido Gonzalo Celorio. Por supuesto, en todo hay asegunes y opiniones encontradas. Es lo de hoy. Si bien la decisión pudo haberse inclinado por alguien más, mujer u hombre, me parece que nuestro autor representa muy bien la esencia de un premio como el Cervantes. Dedicación a la literatura, amor por la palabra, vocación por ensanchar los confines de nuestro idioma.

Leo ahora su más reciente libro, de título borgiano, *Ese montón de espejos rotos*. Nuevo Montaigne en su torre, es el ensayo como objeto literario donde todo cabe, a través del ejercicio de la memoria y la sabiduría. Recordar la vida, recrearla a través de la palabra. “De lo vivido y lo escrito, esto es lo que hay”, nos advierte. Es la continuación de su libro *El viaje sedentario*, que se abre ensayísticamente desde su escritorio hasta el mundo (la Ciudad de México que tanto valora por sus personajes y arquitectura).

Suma de conocimiento del mundo y la palabra, Gonzalo Celorio, a los ochenta años, sabe qué contar y cómo hacerlo, con un estilo que combina erudición con lo cotidiano, las reflexiones en torno a lo vivido con una intimidad cauta, o si se prefiere, respetuosa (“cuando me he enfrentado al reto extremo de confesar lo inconfesable, he optado por la omisión antes que por la falacia”). Es el libro del escritor que se sabe más cerca de la muerte que de la vida, y de ahí su intención de dejar su impronta, su huella.

Ya desde su primera novela Gonzalo Celorio supo de la tarea que tenía enfrente, a través de un epígrafe de Juan Carlos Onetti, que sin duda engloba su pasión e indagación literarias: “La maniática tarea de construir eternidades con elementos hechos de fugacidad, tránsito y olvido”. Es el don de la palabra que se sabe efímero pero que construye novelas, cuentos, ensayo, poesía, como quien reta la insegura eternidad con un montón de palabras convertidas en la osadía de no sustituir la vida, pero sí reflejarla con sabiduría a propósito de su fealdad y su belleza, sus maravillas y miserias.



Nota bene. Agradecemos a Diana Maldonado haber podido elegir estas fotografías que le tomó al maestro para *Gaceta UNAM*.